

VII CONGRESO INTEROCEÁNICO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EL LUGAR DE LA CRÍTICA EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

Simposio 20. *Marxismo, marxismo occidental y posmarxismo. Debate de ideas y de identidad política en la herencia del pensamiento de Carlos Marx*

Posmarxismo y ¿después? Subjetivación y poder en las relecturas recientes del pensamiento de Karl Marx

Luis Cuello¹

Resumen

¿Se pueden rastrear indicios de una teoría de la dominación social y la subjetivación en la obra de Marx que den cuenta de las modificaciones del capitalismo contemporáneo?

Toda tradición de pensamiento se moldea en torno tanto a críticas externas como a consecuentes relecturas y recomposiciones de su corpus teórico. La situación del marxismo durante el siglo XX no estuvo exenta de ello. El objetivo de la presente ponencia es hacer una revisión de estas críticas y proponer una reinterpretación del pensamiento maduro de Marx, a la luz de nuevas lecturas, para dar cuenta de la existencia de una teoría del poder y la subjetivación.

En primer lugar, se presentarán las críticas formuladas por Habermas, en las cuales considera que el lugar central otorgado al trabajo en el pensamiento de Marx deriva en una ontologización y un reduccionismo que niega otros aspectos fundamentales de la vida humana como la "acción comunicativa". Por otro lado, tenemos la crítica a la concepción esencialista de los sujetos sociales presente en las obras de Laclau Y Mouffe que se complementa con la crítica foucaultiana que encuentra una visión economicista del poder y las relaciones sociales.

El marxismo, entendido como una tradición teórica amplia, se encontraría entonces frente una aporía: no puede dar cuenta de los modos de subjetivación del capitalismo tardío. El aparato categorial marxiano no cuenta con una teoría del poder propiamente dicha, en el mejor de los casos hay una teoría de la explotación económica, es decir, una teoría represiva del poder.

En primer lugar, discutiremos la interpretación propuesta por Habermas a partir de los aportes de Moishe Postone. El autor propone que Marx no parte del trabajo entendido como actividad transhistórica y fundante de la praxis humana, sino que critica la forma que ha tomado el trabajo humano en el capitalismo y que lo lleva a ser fuente de sociabilidad en la sociedad moderna

En segundo lugar, para responder las críticas de Laclau, Mouffe y Foucault, sumando los aportes de Néstor Kohan y Enrique Dussel a la lectura de Postone, sostendremos que para Marx en la modernidad capitalista tiene lugar una forma específica de dominación social. Se trata de una sujeción tramada por el mismo trabajo. Al ser el trabajo una mediación social que genera una forma de dominación abstracta e impersonal esto da

¹ Universidad de Buenos Aires. Contacto: <cuelloluis53@gmail.com>

lugar a formas de subjetivación específicas que Marx ha trabajado en relación con la categoría de fetichismo.

Vivir en crisis

Thomas Masaryk, en 1898, fue quizá el primero en hablar de la crisis del marxismo (Laclau y Mouffe, 2004, p. 44). Para ese entonces, solo habían transcurrido 15 años de la muerte de Marx, y no sería la última vez que se hablaría de crisis o de fin del marxismo. Durante todo el siglo XX también fueron constantes las críticas externas, autocríticas, recomposiciones y reelaboraciones tanto del corpus teórico marxista como de su práctica político-emancipatoria.

En el presente trabajo nos detendremos en algunas de esas críticas, para luego poder sumergirnos en las relecturas y reelaboraciones a las que dieron lugar.

Más allá del marxismo: Las críticas de Habermas, Foucault y Laclau-Mouffe

Una de las críticas sobre las que me detendré es la que realiza Jürgen Habermas. Para el integrante de la escuela de Frankfurt el problema se encuentra en el tratamiento que Marx hace sobre el trabajo. En efecto, el trabajo sería uno de los dos componentes de la acción humana. El otro aspecto, no tenido en cuenta por el autor de *El Capital*, es la acción comunicativa². De esta manera, el trabajo entendido cómo una acción instrumental absorbe toda la praxis humana. Si el trabajo es el centro absoluto, entonces la única forma de dominación posible es la explotación económica de una clase social sobre otra.

Siguiendo esta línea, Michel Foucault se detiene en una serie de consideraciones críticas sobre la obra de Marx y sus continuadores fundamentalmente en lo que se refiere a su teoría del poder. Foucault traza dos maneras de entender el poder que deben ser revisitadas, criticadas y abandonadas. La primera es la que llama “concepción Jurídica, liberal del poder político” (Foucault, 1979, p. 134). Esta concepción sostiene que el poder es un bien que cada individuo detenta, y en tanto poseedor de ese poder puede cederlo. La segunda forma de entender el poder es el llamado economicismo, posición con la cual Foucault ubica al

² Para profundizar en estas críticas, cf. Pagura (2016).

marxismo. El poder en esta concepción tiene la función específica de mantener y reproducir las relaciones sociales de producción y la dominación de clase.

Una vez que Foucault logra desembarazarse de estas dos concepciones del poder plantea una nueva disyuntiva en la forma de entender el poder y sus dispositivos:

a) el poder puede entenderse como represión, y por lo tanto lo que hay que investigar son los mecanismos a través de los cuales se ejerce esa represión, ya sea de clase, racial, sexual, natural etc. b) la base fundamental del poder es un entramado de relaciones de fuerzas. Las llama respectivamente "hipótesis Reich" (Por el psicoanalista Wilhelm Reich, aunque también incluye a Marcuse, Freud y Hegel) y "hipótesis Nietzsche" (Foucault, 1979, p. 136).

Foucault desarrollara su propia posición bajo el manto de la "hipótesis Nietzsche". De esta manera, el poder no puede considerarse como algo que se detenta, sino como algo que se ejerce. Este poder circula transversalmente y no está fijo en un individuo o en un grupo de individuos. El giro de Foucault en torno a la manera de entender el poder se centra en que ese mismo sujeto que se cree portador de un poder es en realidad un efecto de ese poder. Hay una producción de subjetividades por parte del poder. Como ejemplifica en Vigilar y castigar, hay una "mecánica del poder (...) que fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados. Cuerpos dóciles" (Foucault, 2014, p. 160).

Si bien las críticas de Habermas y Foucault se dirigen hacia los fundamentos de la teoría marxista (sobre todo el trabajo y la explotación) son Laclau y Mouffe los que extraen las consecuencias de la crisis y delimitan los confines de una época: la era del "posmarxismo" (Laclau y Mouffe, 2004, p. 26). Los autores entienden el término de dos maneras. Por un lado, posmarxismo haría referencia a una serie de categorías del marxismo tradicional que hoy resultan insostenibles. Entre ellas: la centralidad ontológica de la clase obrera como sujeto universal y el decurso necesario de la historia. Estas concepciones no pueden dar cuenta de la multiplicidad de identidades en lucha y resistencia en el capitalismo neoliberal. Por otro lado, el posmarxismo es un ir más allá del marxismo partiendo de ciertas intuiciones que se encuentran en esta tradición. Tal será el caso del concepto de Hegemonía, el cual surgió como respuesta a contingencias coyunturales del

capitalismo hasta constituirse (con Gramsci) en una fuente de renovación teórica y política. Es necesario reconstruir brevemente los argumentos con los que trazan el camino para luego poder discutirlos.

Lo primero que debemos destacar como dato curioso es que su punto de partida para examinar la crisis del marxismo no es un análisis de la obra de Marx (no se desarrollan los análisis de el capital, por ejemplo) sino, un texto de Kausky que ellos mismos califican como “extremadamente ingenuo y simplista” (Laclau y Mouffe, 2004, p. 39). El llamado paradigma Kauskiano contiene el ya desgastado esquema dualista de base y superestructura y presenta una simplificación de la estratificación social, en la cual es un hecho que la acumulación capitalista lleva *necesariamente* a la concentración económica en pocas manos y a una creciente pauperización de la clase trabajadora. Esta visión otorga al Estado un carácter puramente instrumental a manos de la clase dominante. El reduccionismo economicista, la teleología de las supuestas leyes de la historia que llevarían por sí solo al capitalismo a sucumbir en una crisis generalizada y el esencialismo de clases son, según los autores, los principales problemas de esta concepción simplista de la topografía social.

Sin embargo, el desarrollo del capitalismo (hasta 1914) no cumplió con ninguna de las profecías del esquema. No solo no generó una crisis sistémica, sino que tampoco se generó una identidad fija de los trabajadores. Nos encontramos con una crisis del marxismo tradicional que por primera vez tiene que pensar cómo unificar los elementos heterogéneos y contingentes en la propia clase trabajadora. A partir de este momento surgen variados intentos por suturar esa herida. El primero es la conformación de la ortodoxia marxista que propone (sin salir del esquema dualista) una solución desde la superestructura. Cómo afirman Laclau y Mouffe (2004): “(...) la sociedad y los agentes sociales tienen, para la ortodoxia, una esencia que opera como principio de unificación de los mismos” (p. 49).

Este principio o instancia de unificación que tiene una esencia última, será el partido del proletariado. Allí lo divergente convergerá en una unidad. Como el propio desenvolvimiento del capitalismo no genera esta unificación entre el

proletariado, sino disgregación, se hace necesario entonces una instancia exterior (el partido comandado por una vanguardia) que muestre el camino a seguir.

Una segunda solución a esta crisis fue la generación del llamado revisionismo de Bernstein. El mismo se caracteriza por proponer una autonomización de lo político con respecto a la infraestructura. La intervención del sindicalismo revolucionario de Sorel da lugar a la tercera solución a la crisis. Para esta concepción, las transformaciones sociales no descansan sobre la ineluctable necesidad de las leyes de la historia, sino en los valores morales que unen a una masa y pueden llevar a movilizarla. La condensación de las identidades políticas de la clase trabajadora no está dada de antemano, sino que surgen con la creencia en mitos como el de la huelga general o el de la revolución, permitiendo la movilización de clase obrera frente al quietismo de la ortodoxia.

La solución que más les interesa a Laclau y Mouffe es la hegemonía. Pero este no nació, como ningún concepto, acabado de una vez y para siempre. Necesitó de distintas rupturas internas. Comienza en la concepción leninista. Para Lenin la Hegemonía era vista como una alianza de clases que tiene una dirección política. Las identidades de clase siguen fijas y hasta son incompatibles. Es recién con Gramsci donde se abren nuevos caminos. La innovación fundamental del sardo será su concepción del "liderazgo moral e intelectual" (Laclau y Mouffe, 2004, p. 100) que desplaza el centro de gravedad de la economía a la política. Gramsci trasciende la mera alianza de clases leninista por una compleja red de voluntad colectiva que se expresa en un bloque histórico. Gramsci sería el primer marxista en superar el esquema base/superestructura y lo hace con una nueva manera de ver la ideología:

La ideología no se identifica para Gramsci con un sistema de ideas o con la falsa conciencia de los actores sociales, sino que es un todo orgánico y relacional, encarnado en aparatos e instituciones, que suelda en torno a ciertos principios articuladores básicos la unidad de un bloque histórico (Laclau y Mouffe. 2004, p. 101).

Sin embargo, Gramsci todavía sigue conservando la idea de que la determinación en última instancia de la hegemonía debe tenerla la clase obrera. Este es el último reducto del esencialismo de clase.

Proponen entonces su propia concepción de la hegemonía. Excede a los fines de este trabajo el desarrollo que los autores realizaron. Basta con mencionar aquí que su innovación despliega las potencialidades del concepto de sobredeterminación (de cuño freudiano y utilizado por Althusser) para dar lugar a una nueva forma de entender la articulación. La misma será una relación entre elementos que resulta en una totalidad estructurada llamada discurso (Laclau y Mouffe, 2004, p. 143).

Como conclusión de las críticas a la obra de Marx podríamos establecer que: 1) el marxismo reduce la praxis humana a la esfera instrumental del trabajo (Habermas) 2) El marxismo no puede dar cuenta de las características del capitalismo tardío, especialmente la fragmentación y el descentramiento de la pluralidad de sujetos sociales, debido a su concepción esencialista de un sujeto fundante como lo es la clase obrera y su concepción economicista de la política (Laclau y Mouffe). Y finalmente 3) El marxismo tiene una teoría del poder economicista entendida como mantenimiento y reproducción de las relaciones de producción (Foucault) Podríamos decir que en Marx no hay una teoría crítica del poder sino una teoría de la explotación económica.

Trabajo, subjetivación y poder

Entre la última década del siglo XX y las dos primeras del siglo XXI surgieron aportes para repensar la teoría crítica de Marx. Estos aportes nos permiten reinterpretar las categorías marxianas de manera tal que pueda dar cuenta de formas de poder y dominación que trasciendan el economicismo y una concepción no esencialista y transhistórica del trabajo.

Como autor fundamental de esta reinterpretación del pensamiento maduro de Marx encontramos a Moishe Postone, cuya obra *Tiempo, trabajo y dominación social* editada en 1993 fue un parte aguas en las investigaciones sobre el pensamiento del autor de *El Capital*. El autor propone que Marx no realiza una crítica desde el punto de vista del trabajo al capitalismo, entendiendo el trabajo como actividad fundante de la praxis humana y de manera transhistórica, sino que critica la forma que ha tomado el trabajo humano en el capitalismo, la cual lo hace

mediar como fuente de sociabilidad en la sociedad moderna (Pagura, 2016, p. 242).

La conceptualización de Postone no se refiere al trabajo como una actividad teleológica que media entre el ser humano y la naturaleza (como sostiene Habermas) sino como una “clase de mediación históricamente inédita” (Postone, 2006, p. 12). Esta mediación es característica del trabajo productor de mercancías que es específicamente la manera en la que el trabajo se desarrolla en el capitalismo.

Postone parte del carácter dual del trabajo como Marx lo analiza en el tomo primero de *El Capital*. El trabajo se presenta bajo la doble determinación de trabajo concreto que produce valores de uso y trabajo abstracto que produce valor. El trabajo abstracto es caracterizado como “sustancia social” que es común a todos los trabajos concretos. De esta manera queda especificado como el trabajo abstracto es una forma específica de trabajo humano en una determinada formación social, y es hacia ella donde dirigirá su crítica Marx, no al trabajo de manera general.

Ahora bien, ¿qué tipo de sociabilidad se sigue de la forma abstracta que ha tomado el trabajo en el capitalismo? Un tipo de sociedad donde el valor es la forma de producir riqueza tiene un tipo particular de interdependencia social donde “las personas no consumen lo que producen, sino que producen e intercambian mercancías con el fin de obtener otras mercancías” (Postone, 2006, p. 129). Es decir, el trabajo mismo es una forma de mediación, no hay formas abiertas de relaciones sociales coactivas que puedan ser reconocidas por los agentes sociales como en formaciones sociales no capitalistas. El trabajo se auto media y genera relaciones sociales que parecen ser autónomas, cuasi objetivas que dan lugar a una nueva forma de dominación social. Esta coacción social abstracta tiene como determinación fundamental

“que los individuos están obligados a producir e intercambiar mercancías para sobrevivir, no como resultado de la dominación social directa, como es el caso, por ejemplo, de la esclavitud o el trabajo servil. Dicha coacción está, más bien, en

función de estructuras sociales 'abstractas' y 'objetivas', y representa un modo de *dominación impersonal abstracto*" (Postone, 2006, p. 137).

Esta forma de dominación es percibida por los agentes sociales, según Postone, de manera transhistórica y como leyes eternas. Esto remite a una categoría fundamental para dar cuenta de esta nueva forma de dominación, nos referimos al "fetichismo de la mercancía" (Marx, 2002, p. 87).

Como ha demostrado Enrique Dussel (1993) la temática del fetichismo atraviesa toda la obra de Marx (p. 26). Nuestro interés aquí es la relación entre el trabajo abstracto y el fetichismo. Cómo el trabajo abstracto genera una sociabilidad indirecta, es decir, en el momento en que se da el intercambio entre productores independientes de mercancías, las relaciones sociales entre las personas se presentan no sólo cómo una relación social entre cosas, sino también cómo algo impersonal, que tiene una existencia por sí sola. Como afirma Néstor Kohan (2014):

El proceso de fetichización mercantil capitalista genera un sujeto fetichista, abstracto, enajenado, que no controla sus prácticas y que termina subordinándose a una lógica social despótica que se impone "con ciega necesidad", operando a sus espaldas, coaccionándolo y dominándolo" (p. 383).

De esta manera, podemos afirmar que a través de las lecturas de Postone y Kohan se trasciende la visión economicista del poder. El mismo no recae solamente en la explotación de una clase sobre otra, sino que en el Marx maduro encontramos una forma específica de dominación impersonal abstracta.

Por último, abordaremos la crítica más radical que hacen Laclau y Mouffe al marxismo: La de un sujeto esencialista que perdura aún en las versiones más refinadas del marxismo, como la de Gramsci. Para tratar de responder a los autores de Hegemonía y estrategia socialista, nos basaremos en el propio Marx.

En primer lugar, desde los comienzos de la obra marxiana encontramos en Marx una fuerte crítica al esencialismo. Tomemos la tesis 6 de las tesis sobre Feuerbach: "Feuerbach resuelve la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales" (Marx, 2015, p. 61).

Aquí encontramos un Marx ajustando cuentas con su herencia filosófica. Se desmarca de la crítica de Feuerbach en su afirmación de que la esencia del cristianismo es en realidad la esencia humana invertida. Para Marx no hay una esencia que preceda a la existencia concreta, pero tampoco los sujetos son, parafraseando a Laclau y Mouffe (2004), “el origen de las relaciones sociales” (p. 153). Son, en realidad, el producto de esas relaciones sociales. Hay, en toda la obra de Marx, una concepción relacional de los sujetos sociales, por eso como en el modo de producción capitalista esta relación es indirecta y fetichizada les aparece a los sujetos como abstracta e impersonal.

Si nos detenemos en la introducción general a la crítica de la economía política de 1857, texto fundamental en el cual Laclau, Mouffe y Foucault basan toda su crítica a Marx. Pero esta crítica se detiene solamente en el famoso prólogo, donde Marx desarrolla el esquema de base/superestructura. Sin embargo, ya en el capítulo uno dedicado a la producción, Marx nos dice que “el objeto de arte (...) crea un público sensible al arte, capaz de goce estético. (...) la producción no solamente produce un objeto para el sujeto sino también un sujeto para el objeto” (Marx, 1989, p. 44). ¿No tenemos aquí, más allá de las resonancias hegelianas de la identidad inmediata entre producción y consumo, una teorización en la cual la producción misma produce subjetividades escapando así a una definición “represiva” del poder?

Conclusión

La crítica 1) realizada por Habermas, puede abordarse desde la propuesta de Postone, según la cual para Marx el trabajo no es una esencia transhistórica, sino que el autor del Capital hace una crítica inmanente a la forma específica que el trabajo humano ha adquirido en el capitalismo.

A la crítica 2) Foucaultiana, podemos responder que en Marx si hay una teoría de la dominación social y el poder que escapa a un reduccionismo economicista. Es decir, no solo hay explotación económica en la obra de Marx sino también un tipo de sujeción tramada por el trabajo mismo. Por otro lado, encontramos en los

escritos de Marx finas elaboraciones de cómo la producción social también genera subjetividades acordes a ella.

Por último, frente a las críticas de los autores de Hegemonía y estrategia socialista, podemos encontrar una visión en la obra del propio Marx (rompiendo con el marxismo ortodoxo) que no coincide con un esencialismo de clase, sino que propone que los sujetos se traman en las relaciones sociales, no hay un a priori histórico, hay una ontología relacional que a la vez que produce se produce a sí misma y que su resultado es síntesis de múltiples determinaciones.

Estas nuevas lecturas del pensamiento de Marx abren caminos que si bien no proveen una llave universal que abre todas las puertas, pueden ayudar, junto a otras disciplinas, a una mayor comprensión de los problemas del capitalismo contemporáneo.

Referencias bibliográficas

Dussel, Enrique (1993). *Las metáforas teológicas de Marx*. Madrid: Verbo divino.

Foucault, Michel (1979). *Microfísica del Poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Foucault, Michel (2014). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Kohan, Néstor (2014). *Nuestro Marx*. Madrid: La oveja negra.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos aires: Fondo de cultura económica.

Marx, Karl (2015). *Antología*. Buenos aires: Siglo XXI editores, Biblioteca del pensamiento socialista.

Marx, Karl (1989). *Introducción general a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI editores.

Pagura, Nicolás (2016). La reinterpretación de Postone de la crítica de la economía política, Constelaciones. *Revista de teoría crítica*, n° 8/9, 236-255.

Postone, Moishe (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Editorial Marcial Pons.